**DOMINGO II de Adviento –ciclo C-**

***Conversión*** es, ciertamente, el término clave de las lecturas de este ***II domingo de Adviento***. Estamos ante llamada que ilusiona y llena de esperanza; una llamada llena de promesas pero, sobre todo, de realidad cumplida: *Dios nos da la gloria eterna*. Dios nos da la capacidad de transformar nuestra realidad de injusticia y opresión, de violencia y horror, en un mundo lleno de alegría, de luz y de esperanza. ¡Y nos quiere agentes activos de esta transformación! La humanidad es un pueblo, una sola estirpe, llamada a vivir el esplendor de la *Gloria de Dios*. Por si no hemos descubierto todavía la Presencia que nos afirma en la verdadera paz y en la verdadera justicia, Dios nos envía constantemente palabras de aliento, palabras proféticas, que iluminan el camino de liberación aún por hacer. Estamos ante una tarea enorme, pero contamos con las mejores armas: las del *Dios con-nosotros*. ¡Seamos gente atrevida y cambiemos de rumbo de las cosas…! ¡Emprendamos la senda de un Dios que es un ser humano que camina *con-nosotros*!

Textos: ***Baruc 3, 1-10; Salmo 125;***

 ***Filipenses 1, 4-6.8-11; Lucas 3, 1-6***

* Jerusalén es de nuevo el símbolo de cada una de las ciudades, de los pueblos e incluso de las personas que habitan la tierra. *“Despójate de tu vestido de luto y aflicción y viste las galas perpetuas de la gloria de Dios”*. Invitación y mandato a la vez. ¡Cambia! Está en tu mano… Haz realidad la paz y la justicia que anhelas, nos viene a decir el grito profético. Porque *“Dios se acuerda de ti”*, te tiene en cuenta. Dios se fija en cada miembro de la Humanidad que sufre bajo el peso de la opresión, y nos llama a todos a ser forjadores de un cambio radical. Tenemos que ser consciente, de una vez y para siempre, que vivir en la justicia y en la paz duraderas no depende solo de Dios (Alá o Yahvé), depende también, y mucho, de los hombres y mujeres con los que Dios cuenta para llevar a cabo su proyecto. Un proyecto que tiene como meta hacer de cada persona una realidad nueva, con un nombre nuevo que lo dirá todo: *“Paz en la justicia y Gloria en la piedad”*. Sigamos el empuje del Espíritu y confiemos en el Dios que se hace camino hacia nosotros: *“Porque Dios guiará a Israel* (todos los pueblos de la tierra, de oriente a occidente) *entre fiestas, a la luz de su gloria, con su justicia y su misericordia”.* ¿¡No es ilusionante…!?
* EL salmo 125 nos invita a entrar en lo más auténtico de nuestra historia personal y también comunitaria. Como los antiguos israelitas, nos sentimos agradecidas/os por todo lo que hemos vivido, incluso aquellas situaciones que nos han hecho experimentar la opresión, la soledad, el estar fuera de nuestro propio ser, perdidas/os, porque, de alguna manera, esas experiencias dolorosas han dado impulso a nuestras ansias de liberación, nos han dado fuerza para luchar por algo mejor. Una vez más, nos ponemos en camino sabiendo que *“El Señor ha estado grande con nosotros”, ha cambiado nuestra suerte y estamos alegres.*
* Este es el verdadero pálpito del hombre y la mujer creyentes ante la imagen de la comunidad: ¡la alegría! Quienes se sienten parte de una misma tarea, de un mismo proyecto de vida, que tiene al reinado de Dios como centro y a Jesucristo como Señor, no pueden sino vivir llenos/as de la inmensa alegría que da el saberse rodeados de *“buenos colaboradores”.* Qué diferencia con los sentimientos de quienes, creyéndose *celosos guardianes* de una buena obra, envidian y entorpecen el actuar de cualquiera que esté a su lado y se sienta responsable y competente para aportar sus valores y mejorar el trabajo emprendido por el reino de Dios. Ojalá hagamos nuestra esta oración y forme parte de nuestra vida: *“Que vuestra comunidad de amor siga creciendo más y más en intimidad y en sensibilidad para apreciar los valores*.” Aunque no sean “mis valores” o no sean mis valores los únicos que destaquen... Lo importante es llegar, todos juntos, a la gloria de Dios, a su Presencia, *“cargados de frutos de justicia, por medio de Cristo Jesús, a gloria y alabanza de Dios”.*
* La “Gloria de Dios” *(su poder, su fuerza)* aparecen en un tiempo y en un espacio concreto de la historia. Aunque los evangelios no son un tratado de historia como tal, quienes participaron de una manera u otra de los grandes acontecimientos de la Salvación, nos dejaron pequeños datos que nos acercan a una realidad que no tiene nada de invención o pensamiento abstracto. “En el año quince del reinado del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea…”, más o menos, aproximadamente, pero no lejos de ese momento histórico narrado, *“… vino la Palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto”*. Juan y Zacarías, personas concretas, “en el desierto” un lugar también concreto, pero, aún mucho más, lleno de contenido simbólico para el pueblo sencillo que escuchaba el mensaje. “El desierto” es el espacio de soledad, de silencio, de aridez… en el que la Palabra de Dios va a llegar, y el pueblo crece a medida que se prepara para ese advenimiento. Dios llega, pero nosotros hemos de contribuir a que esa venida sea gozosa y sea real para cada ser humano, para el mundo entero. Hemos de *“preparar el camino del Señor”.* ¿Lo haremos? ¿Nos implicaremos en la tarea una vez más, aunque caigamos, aunque tengamos que detenernos, aunque nos equivoquemos y tengamos que volver a comenzar?...
* La Palabra del profeta, que avisa de la llegada o del encuentro “en el desierto” con el Señor, se convierte en el texto evangélico en una llamada de atención a nuestra sordera, a la incapacidad de ponernos a trabajar con nosotros mismos, de convertir el mundo en un lugar adecuado para que el Señor venga…
* No deja de ser intencionado el cambio del evangelista respecto al mensaje al que hace alusión: *“En el desierto, preparad un camino para el Señor” (Is. 40,3)*. En ese texto profético, se pide expresamente que sea *en el desierto* en el que se prepare el encuentro con el Señor, como ya hizo el antiguo pueblo de Israel *(*cf. Libros, *Éxodo y Deuteronomio)*; el evangelista, cambiando la coma (,) de lugar, transforma la invitación en una denuncia: *“Una voz grita en el desierto,…”.* Juan predica en el desierto, lugar físico, pero también es la actitud en la que nos situamos cuando no estamos dispuestas/os a acoger esa Presencia que está llegando, que *Viene* siempre a nuestras vidas. ¡Atención! Nosotros podemos convertirnos en un lugar en el que la Palabra no puede habitar ni dar fruto.

Tenemos tantos senderos (*relaciones*) que allanar… Tantos valles (*autoestima*) que elevar…, tantos montes y colinas que abajar (*orgullo*…) ¡Tenemos tanto que convertir o dejarnos convertir, para ser de verdad lo que estamos llamadas/os a ser… Nada más y nada menos que *¡”salvación de Dios”!*

***Trinidad León, mc***